

# **SAN JUAN DE DIOS. HISTORIA, PRINCIPIOS Y VALORES**

**ESCUELA DE HOSPITALIDAD SAN JUAN DE DIOS**

**NIVEL 1 • ACOGIDA**

# MATERIALES PARA LA FORMACIÓN DE ACOGIDA

## **Selección y sistematización de materiales:**

Grupo de Trabajo de Formación de Trabajadores

Hno. Víctor Martín Martínez (Prov. Castilla)

D. Gerardo Díaz Quirós (Prov. Castilla)

Dña. Elena Seral Muñio (Prov. Castilla)

Dña. Inmaculada Roig Cosculluela (Prov. Aragón)

D. Emili Bargalló Angerri (Prov. Aragón)

D. Jesús Iglesias Barceló (Prov. Aragón)

Hno. Julián Sánchez Bravo (Prov. Bética)

D. José María Galán González-Serna (Prov. Bética)

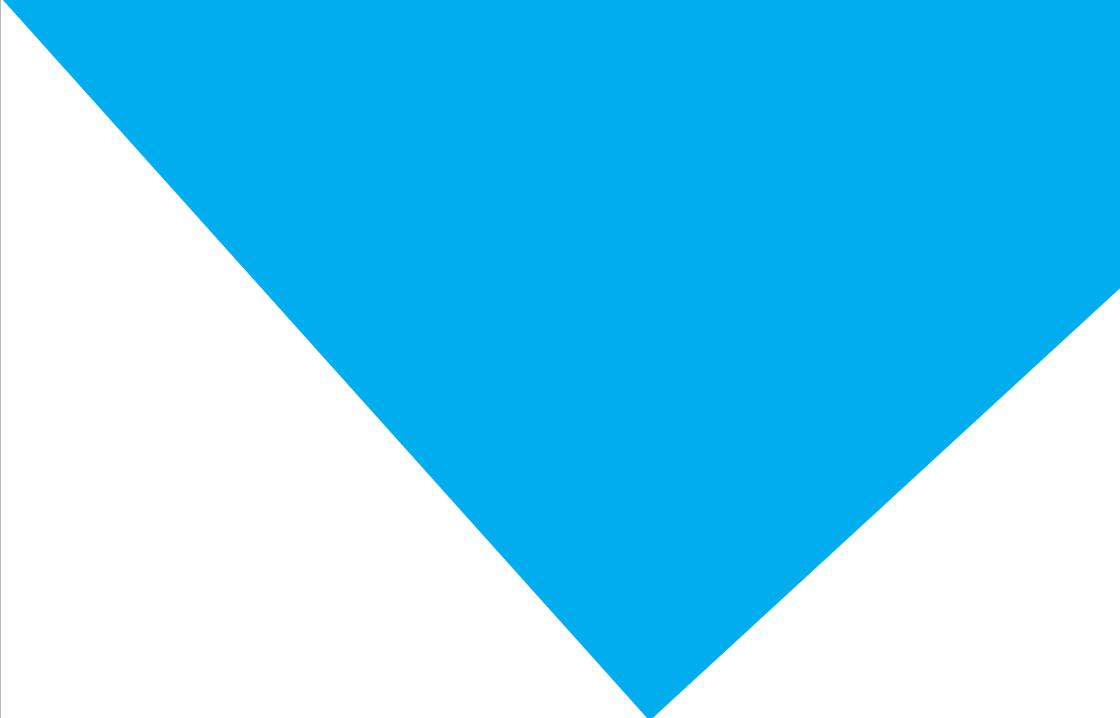
D. Juan Antonio Hidalgo Moreno (Prov. Bética)

Referente del Consejo Delegado: Hno. José Miguel Valdés Grande

Depósito Legal: GR 1456-2020

© Biografía de San Juan de Dios: Hno. Joaquín Erra Mas

© Ilustraciones: Hno. Víctor Martín Martínez



## ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b> .....	5
<b>1. “SAN JUAN DE DIOS: UNA VIDA QUE SE PROLONGA”</b> Hno. Joaquín Erra Mas .....	7
<b>2. NOTAS PARA CONOCER LA HISTORIA DE LA ORDEN HOSPITALARIA</b> .....	47
<b>3. PRINCIPIOS Y VALORES QUE CARACTERIZAN A NUESTRA INSTITUCIÓN</b> .....	57





## PRESENTACIÓN

Estimado colaborador que inicias este camino de Hospitalidad en la **Orden de San Juan de Dios**: El “primer encuentro” es un momento muy importante en toda tú dinámica en esta Institución. Dos desconocidos que dejarán de serlo se observan, se reconocen e inevitablemente generarán una “primera impresión” que en alguna medida marcará su relación futura.

Con tu incorporación al proyecto de San Juan de Dios inicias un camino en el que queremos acompañarte y ofrecerte lo mejor de la Institución. Por eso se ha diseñado una cuidada Formación en la Acogida que constituye el primer nivel de un itinerario más completo, que te iremos ofreciendo progresivamente en el marco de lo que hemos llamado **Escuela de Hospitalidad**. Te presentamos en este primer cuaderno tres aspectos esenciales e imprescindibles: una breve aproximación a la **figura de San Juan de Dios**, origen e inspiración constante de la Orden Hospitalaria; algunas notas para acercarte a la ya larga **presencia de la Orden en el espacio** –más de cincuenta países del mundo– **y en el tiempo** –más de cuatro siglos– a través de la Historia, así como los **principios y valores** que cimentan la labor de toda la Familia Hospitalaria que formamos **Hermanos y Colaboradores** (trabajadores, voluntarios y bienhechores).



Conscientes de que existe la limitación humana, los errores y la fragilidad, te proponemos **construir juntos** una realidad de hospitalidad que se aproxime al ideal o que camine hacia él. El trabajo diario de todos los profesionales desde la excelencia técnica a la calidad humana resulta fundamental para el éxito. En la Orden Hospitalaria la **formación institucional** la valoramos fundamental e imprescindible para todos los que formamos parte de ella. Dependiendo del grado de vinculación nos situaremos en uno u otro nivel: a través de un trabajo bien hecho, a través de la adhesión a la misión de la Orden desde sus valores humanos y/o convicciones religiosas o a través de su compromiso de fe católica. **Todos nos unimos a los valores y principios** que tiene la Orden para la construcción de un mundo más justo y el deseo de mitigar el sufrimiento o acompañar en el dolor, especialmente a los más vulnerables.

El carisma de la Hospitalidad es un don, un regalo que hemos recibido, del que nos sentimos depositarios y que queremos compartir. La formación es sólo una de las formas de hacerlo, pero que nos parece fundamental. Esperamos que disfrutes en el proceso, que el conocimiento lleve a arraigar tu vinculación y que a cuantos ayudes con tu trabajo perciban en ti la hospitalidad que todos esperamos.

**Hno. Juan José Ávila Ortega**  
DELEGADO DEL SUPERIOR GENERAL

**1**

**“SAN JUAN DE DIOS:  
UNA VIDA QUE SE PROLONGA”**

Hno. Joaquín Erra Mas



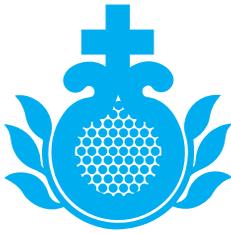


## INTRODUCCIÓN

El 8 de marzo celebramos la fiesta de San Juan de Dios. Este día, en el año 1550, Juan de Dios fallecía en la ciudad de Granada. Era la consecuencia de una enfermedad, probablemente una neumonía, junto a una vida desgastada por su entrega sin medida. Andaba recogiendo leña para su Hospital, cuando un joven cayó al río Genil.

Era invierno. Juan se lanzó al agua para ayudarlo. Este acontecimiento casi al final de su vida refleja cuál era su propósito principal en este mundo: ayudar al prójimo sin ponerse límites, sin demasiados cálculos, movido por una fuerza que le empujaba a estar al servicio de los demás. En esta ocasión, la enfermedad se sumó al deterioro de una vida de entrega, sin pausas ni descansos. No tenía demasiados años. Se cree que alrededor de cincuenta y cinco. Pocos, pero los suficientes para haber instaurado y ofrecido al mundo una manera de vivir. Su muerte no acalló ni puso fin a su historia. La Hospitalidad, que él, con dificultad y mucho entusiasmo había instaurado, se convertiría en su seña de identidad, que se ha ido transmitiendo de generación en generación a lo largo de la historia y se ha propagado por los cinco continentes.







## **8 DE MARZO DÍA DE SAN JUAN DE DIOS**

Han pasado muchos siglos y Juan de Dios sigue siendo esa persona viva, atrayente y necesaria para seguir desarrollando y creciendo en la Hospitalidad. El “maestro”, el hombre “que supo amar” (como lo describe uno de sus biógrafos), el luchador incansable, cuya vida es un ejemplo claro de lo que supone el servicio a los enfermos, a las personas necesitadas. Juan de Dios, como los grandes personajes, es difícil de describir. Juan de Dios es mucho más que palabras. Fue y sigue siendo un hombre cuya vida dejó una profunda huella, que aún hoy sigue atrayendo, y que, cuanto más se ahonda en ella, más se aprende, más se conoce y se ama.

Una vida que atrae e invita a hacer el bien. Muchas personas, hermanos y colaboradores de su obra han ido transmitiendo sus valores de unos a otros, “contagiando” y promoviendo el valor de la Hospitalidad. En definitiva, una vida que se prolonga.





## LOS ORÍGENES

Para saber algo de cómo empezó su historia, debemos trasladarnos a finales del siglo XV. Se cree que fue en 1495 cuando nació quien después sería San Juan de Dios.

En realidad su nombre natal era Joao Cidade (traducido y popularizado después como Juan Ciudad). Sabemos poco de sus primeros años de vida. La tradición, y así lo recogen algunos de sus biógrafos, lo ha situado siempre nacido en Montemor-O-Novo (diócesis de Évora), un pequeño pueblo de Portugal. Relatan que ya de muy pequeño, quizá a los ocho años, se trasladó a España. Desconocemos muchos detalles sobre su trayectoria en esta primera etapa de su vida. Lo que sí podemos es contextualizarlo en una época marcada por las aventuras, los descubrimientos..., algo que influyó claramente en su formación como persona. Toda su vida estará caracterizada por la itinerancia y la búsqueda. Nunca será una persona conformista ni que se acomode en aquellos ámbitos que podrían ser para él espacios tranquilos o de seguridad. Juan de Dios es el constante buscador,





el hombre inquieto, hoy diríamos “una persona de mirada amplia”, con visión y capacidad para ir más allá, y también con la tenacidad necesaria para perseguir y hacer realidad sus intuiciones.

Sus primeros años, por las referencias que tenemos de él y por los textos de sus biógrafos, vienen marcados por este constante peregrinar.

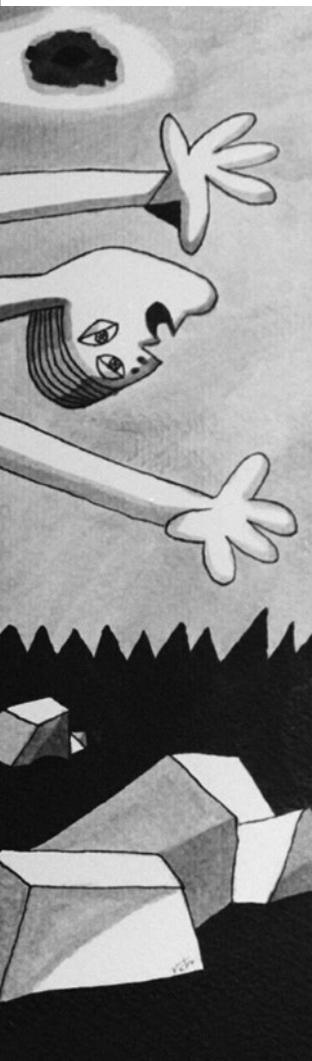
Establecido ya en España, trabajó primero de pastor en Torralba de Oropesa, al servicio de un mayoral, Francisco Cid, en el señorío del conde de Oropesa. Una etapa larga, quizá de casi veinte años –se calcula que estuvo allí de los 8 a los 28 años–, probablemente los años de mayor estabilidad de su vida, donde forjaría las bases de su personalidad. Francisco Cid fue, en este sentido, su padre y su tutor, y como tal, una de las personas influyentes en lo que sería su vida futura.







## UN RECORRIDO EN SU JUVENTUD



Es la época de los reclutamientos para participar en contiendas bélicas. Algo muy propio de aquellos tiempos. Seguramente era una de las pocas oportunidades que tenían los jóvenes para poder viajar y conocer otras tierras. Juan se alistó en un par de ocasiones como soldado en las tropas del conde de Oropeza, al servicio del emperador Carlos V. Dejó atrás la vida del campo, de pastor, y se abrió a una nueva experiencia que sin duda también hizo mella en su interior. Vivió, en carne propia y ajena, la realidad del dolor, el sufrimiento y la amenaza de la muerte. Supo lo que era pasarlo mal, sufrir y ver sufrir. Conoció muy de cerca la cara opuesta a lo que sería después su vida, fue testigo de la violencia, la lucha, las armas... A nadie se le escapa que en las guerras se viven situaciones límite. Experiencias de tensión y sufrimiento que probablemente desarrollaron una sensibilidad especial en la persona de Juan de Dios.

Participó en la batalla de Fuenterrabía, en la defensa de Viena. Cuentan que no fue muy exitosa su vida de soldado. Se tiene noticia de dos momentos delicados: uno en Fuenterrabía, a causa



de la caída de una yegua que le estampó contra una piedra y le dejó gravemente herido, y el otro, cuando tras el robo de un botín que él custodiaba, fue condenado y salvado en última instancia. En todo caso, nos encontramos ante un hombre de trasego, que conoce y recorre mundo, en una época en que las comunicaciones nada tenían que ver con las actuales. Y eso suponía tiempo, pero también le brindaba la oportunidad de conocer. En medio de este ajetreo, por dos veces, se ve cercano a la muerte.

No se sabe si a causa de esta sacudida o porque el paso de los años nos hace anhelar nuestros orígenes, Juan de Dios realiza una visita a su tierra natal. Probablemente con el deseo de contactar de nuevo con los suyos y revivir sus primeros años de vida. Es en este viaje cuando se entera de que su madre había fallecido hacía años, al poco de su partida, y que su padre había entrado en un convento de franciscanos.





Juan, seguramente, quiere volver a pisar su tierra natal, recrear lo que pudiera tener almacenado en su memoria sobre su infancia. Lamentablemente fue un encuentro vacío. Había pasado demasiado tiempo y apenas quedaba rastro de su núcleo familiar más próximo. Desconocemos si por esta realidad, o si bien ya lo llevaba en mente pero, una vez más, Juan no se detiene y sigue recorriendo geografía.

Hace una segunda estancia en Oropesa, no sabemos con qué intención, si es para retomar de manera estable su vida anterior o simplemente para resituarse en la vida. Seguramente en esta ocasión sedimentó lo que había vivido hasta entonces, debió de valorar qué hacer y dónde ir, y prosiguió camino. Hay que seguir buscando, caminando. De pastor en una hacienda de Sevilla, irá a Gibraltar, y de allí a Ceuta, donde trabajó en la construcción de las murallas para poder ayudar a una familia portuguesa. Regresa a Gibraltar y allí inicia su etapa de vendedor de libros.

Más tarde, se muda a Granada. Es en esta ciudad donde acontecen los hechos más notorios de su vida. Una ciudad ajetreada, mercantil, con gente de paso, un referente de los siglos XV y XVI. Juan de Dios hace una pausa en su camino, que supondrá el paso previo a su cambio radical de vida. Durante un tiempo ejerce de librero. Primero como vendedor ambulante y luego en un pequeño puesto situado en Puerta Elvira. Un oficio que conlleva estar con la gente, intercambiar, ver y conocer. Un contacto directo con las personas de la calle.

Mantén ya en este tiempo una actividad caritativa, de cercanía y de ayuda a las personas, que era la expresión de su vida cristiana de fe y de oración.











## EL CAMBIO EN SU VIDA

Era el 20 de enero de 1539, fiesta de San Sebastián. El padre Juan de Ávila predicaba en la Ermita de los Mártires. Juan de Dios acudió allí a misa. La homilía fue el detonante que le desbordó el corazón. El contenido era la misericordia de Dios, la denuncia de la injusta distribución de las riquezas, la necesidad de atender a todas las personas sin distinción... Un choque emocional profundo que lo conmueve. El gran contraste entre el amor que Dios tiene para con todas las personas y la poca correspondencia de amor entre nosotros. Una confrontación espiritual que supone para él una auténtica crisis y un revulsivo interior. Ya no puede seguir haciendo lo mismo, ya no tiene sentido seguir dando vueltas, ni vender libros. Algo en él se remueve.

Un testigo de la época describe este momento:

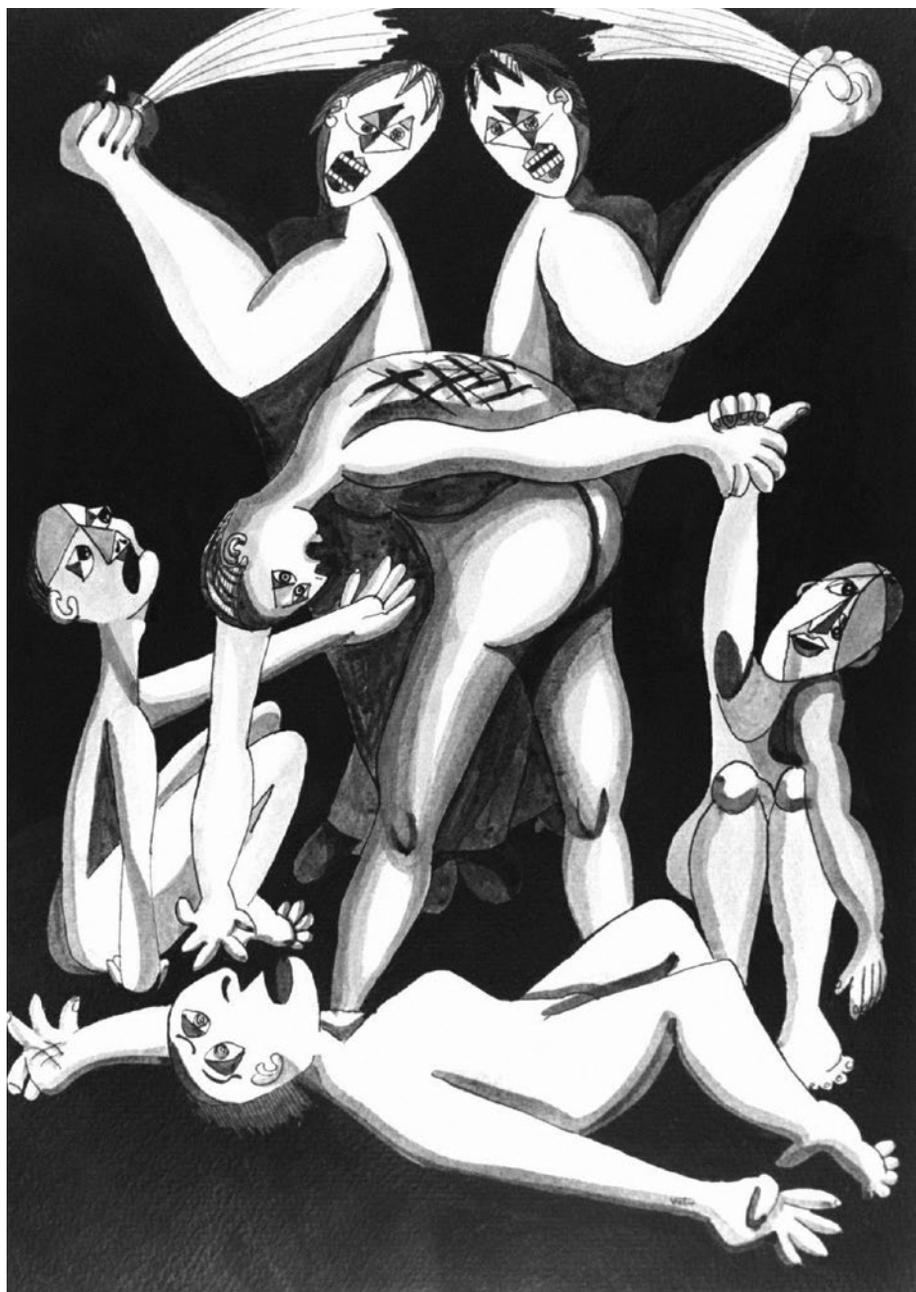
*“... Predicaba entonces en esta ciudad un santo clérigo que se llamaba el maestro Ávila, predicador apostólico y de muy santa vida; en la ciudad decían que este santo maestro lo había convertido, y este testigo lo vio en la iglesia Mayor de la ciudad rodeado de mucha gente y dando voces pidiendo misericordia a Dios y dándose muy grandes golpes en los pechos; decían que se había estado en la iglesia tres días sin comer ni beber, y unos decían que estaba loco y otros que no era sino un santo y que aquello era obra de Dios.”*



El episodio de la conversión de Juan de Dios es uno de los momentos importantes de su biografía. Sobre ello se han escrito diversos estudios y hay varias interpretaciones. En este repaso fugaz de su vida, lo recogemos como un hecho que sirve de enlace entre dos etapas de su existencia. Es en este momento cuando hace un giro drástico y se inicia en lo que después será su obra de Hospitalidad.

Este cambio lo expresa también su cambio de nombre. De Juan Ciudad, su nombre de pila, pasará a ser Juan de Dios. Pero habrá de transcurrir un tiempo para que se visualice que efectivamente todo lo que está aconteciendo en su vida es expresión de su vida espiritual, de su fe y de la acción del Espíritu de Dios en él. Fue bastante después de este acontecimiento cuando el obispo de Tuy, Miguel Muñoz, que estaba de paso en Granada y que había sido mayordomo del Hospital Real, concedor de toda la obra, le sugiere el cambio de nombre, de Juan Ciudad a Juan de Dios.

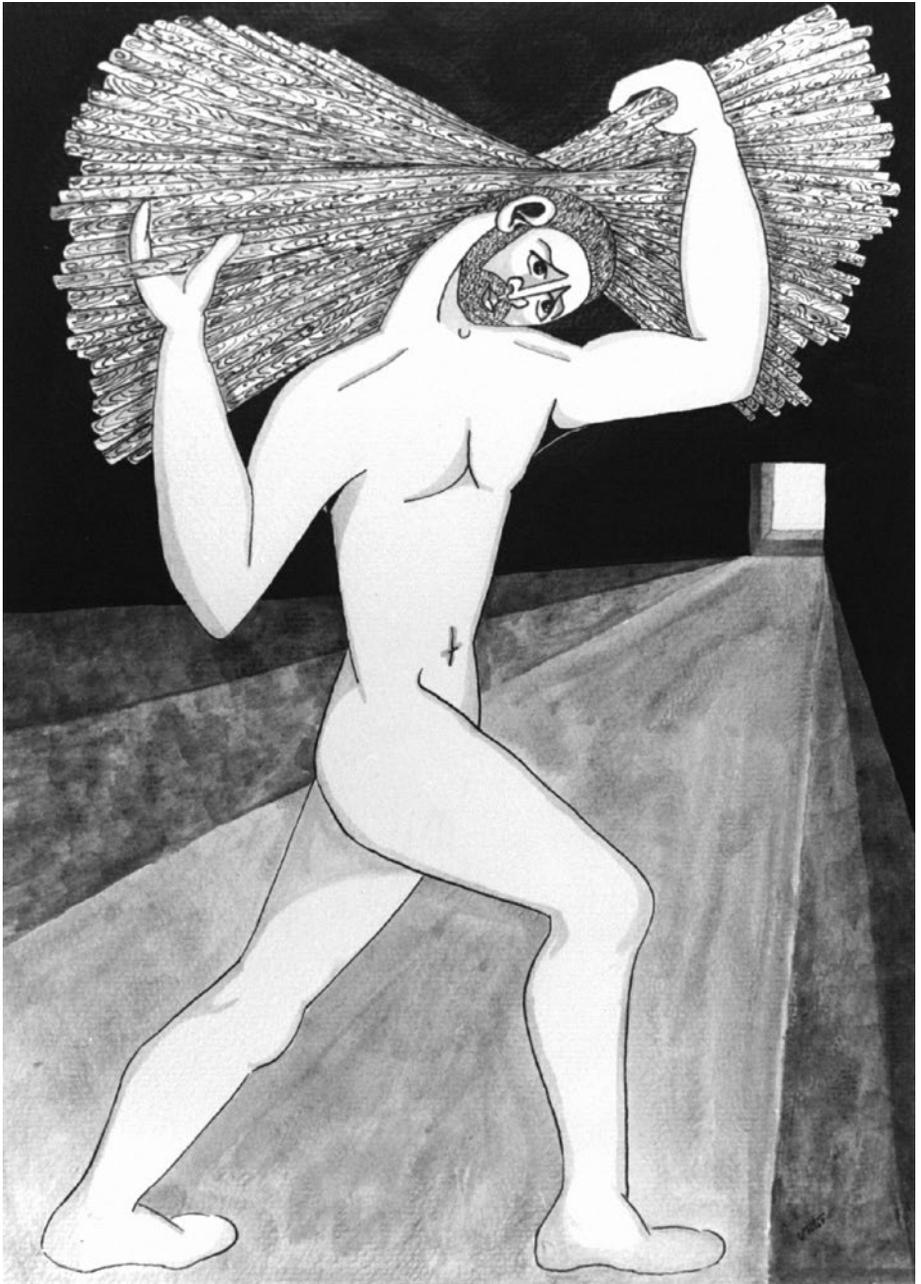
En plena crisis de conversión, tomado por loco, fue ingresado en el Hospital Real de Granada, donde vio y soportó los tratamientos de la época. Quien tenga ocasión de ver la película *El hombre que supo amar*, inspirada en la vida de Juan de Dios, podrá acercarse de manera muy gráfica al contexto de aquella época. Las condiciones de dureza y maltrato eran tales, que Juan de Dios expresa el deseo que marcará el resto de su vida: *“Jesucristo me traiga tiempo y me dé gracia para que yo tenga un hospital, donde pueda recoger a los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo”*. Esta realidad explica, entre otros motivos, la sensibilidad

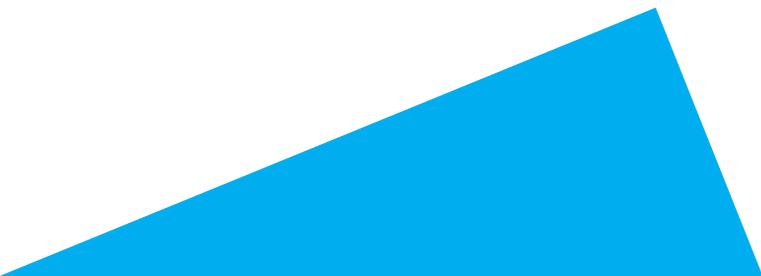




que siempre ha existido y sigue existiendo en la Orden para atender a las personas con problemas de salud mental.

El propio padre Juan de Ávila siguió de cerca este proceso de cambio y conversión de Juan de Dios. Fue la persona que le ayudó a discernir, analizar e interpretar lo que le pasaba y a orientar sus vivencias religiosas. Un fragmento de las cartas de Juan de Dios revela muy bien su espiritualidad: *“Si consideraseis lo grande que es la misericordia de Dios, nunca dejaríais de hacer el bien mientras pudieseis”*, y ésta fue la máxima que no sólo dejó por escrito, sino que sobre todo vivió, Juan de Dios.







## UN HOMBRE PARA LOS DEMÁS

La entrega, el servicio, el volcarse para atender a los demás, será a partir de ahora la constante más clara de su vida. Tras su estancia en el Hospital Real, tuvo la oportunidad de mantener un encuentro con San Juan de Ávila, quien le escuchó y le ayudó a clarificar su futuro. Su inquietud le impulsaba a dedicarse a la atención de las personas enfermas. Primero viajó al monasterio de Guadalupe, un lugar de peregrinación para rezar a la Virgen, pero que se convirtió también en una oportunidad de aprendizaje. En Guadalupe, había una comunidad de monjes jerónimos que atendían un hospital muy famoso en aquel tiempo. Un lugar donde se promovía el conocimiento, el estudio, la atención correcta. Juan de Dios se emparó bien de todo ello. Sería la base que muy pronto guiaría su manera de atender a los enfermos. De regreso a Granada, asumió los prejuicios que sobre él la gente pudiera tener; al fin y al cabo, le habían visto como fuera de sí por las calles y se sabía que había estado ingresado en el Hospital Real, catalogado de loco. Aun así, no quiso renunciar al impulso de su voz interior. Llevar a cabo lo que, con ayuda de San Juan de Ávila, intuyó que Dios le pedía: ponerse y dedicarse al servicio de los enfermos y menesterosos.

Por distintos contactos consiguió que la familia Venegas, que tenía un palacete en la ciudad de Granada, le dejara el zaguán para poder acoger allí a las personas que encontraba por la calle sin ningún tipo de atención. Con lo que le proporcionaban y él pedía,



les daba de comer. Poco a poco, el espacio y las condiciones fueron insuficientes, y parece también que a la familia Venegas le incomodaba que cada vez fuera más numeroso el grupo de menesterosos que acudían allí. Le urgieron a que buscara otro lugar.

Juan de Dios, una vez orientada su itinerancia interior, empieza ahora otra “peregrinación” en busca de espacios, ya no para él, sino para poder acoger y atender a las personas que recogía por la calle o a quienes se dirigían a él solicitando ayuda. Esta situación dio origen a lo que se ha venido considerando su primer Hospital. Un pequeño local en la calle Lucena. Y también propició que personas como la familia Venegas y el capellán del Hospital Real, conociendo las intenciones de Juan de Dios, le ayudaran económicamente.

Juan sabe que ayudando a los demás uno se ayuda también a sí mismo, y cuando sale a pedir por las calles de Granada no cesa de repetir su popular máxima: “Hermanos, haceos bien a vosotros mismos dando limosnas a los pobres”.

La tradición ha hecho que aún hoy en Italia a los Hermanos de San Juan de Dios se les conozca popularmente como los fatebenefrate-lli. Era una acertada expresión para afirmar lo que tantas personas viven cuando comparten sus experiencias de entrega, servicio y ayuda a los demás.



## UNA NUEVA MANERA DE VIVIR

Juan de Dios inaugura así una manera de vivir, y no lo hace redactándola por escrito. Es sencillamente la manifestación de su vida, el resultado de este combinado de fe, servicio, entrega y empeño en cumplir lo que él descubrió como voluntad de Dios en su vida.

Juan de Dios es un hombre activo. Su tiempo, puesto al servicio de los demás, le cunde de tal manera que le permite seguir con su vida de oración, que jamás descuida, atender a las personas que acoge y salir a la calle a pedir limosna. Tenía la firme convicción de que en todo ello Dios estaba allí. Él se fio del todo. No le faltaban, ni le faltarían en el futuro, dificultades, aprietos, sinsabores, desengaños, alguna que otra calumnia, pero también tenía la firme convicción de que, para quien hace el bien, todo es gracia. Que Dios no le dejaría solo en la aventura a la que el Espíritu le había conducido. Y que servir a los demás prevalecía sobre las dificultades, ya que daba el sentido profundo a la vida.

Poco a poco se iba conociendo su obra, su manera de atender a las personas, la atención que él promovía y cómo acogía y tenía cuidado de todos. Empiezan a aparecer personas que de manera voluntaria acuden a su centro a echarle una mano. Su estilo despierta admiración y adhesión. Así nace la “familia” de San Juan de Dios. Personas que, atraídas por su obra, empiezan a entregarle su tiempo, y otras, sus conocimientos. Juan de Dios reúne a su alrededor enfermeros, médicos, ayudantes, donantes y bienhechores, que hacen posible, cada cual según sus posibilidades, que muchas personas puedan ser atendidas.



Cuentan que llamaba la atención cómo Juan de Dios organizó el centro. Cuidaba todos los detalles, los aspectos de la acogida, el cuidado, la limpieza. Ya en sus primeros inicios, y con los recursos que iba consiguiendo, puso todo su empeño para hacer el bien de la mejor manera posible.





## UNA OBRA QUE CRECE

Cada vez son más quienes acuden a la casa de Juan de Dios, pero él es la persona sin límites. Atiende a todos ellos, pero también a los que se encuentra en las calles y los caminos. Como da mucho, cada vez recibe más, y esto hace que cada vez sean más quienes le ayudan a atender a los enfermos y contribuyen para poder disponer de lo necesario. Es el círculo de la generosidad, de la entrega y del contagio de hacer el bien. Algo que sin duda ennoblece a quienes lo practican y satisface las necesidades de quienes precisan ayuda. La obra que había iniciado ya no podía parar, y el mismo Juan de Dios cuenta en una de sus cartas que cada vez son más las personas que acuden a él con todo tipo de necesidades, y que también debe dedicarse y dar limosna a personas de la calle, ya que la necesidad del otro siempre conmueve su corazón. *“Cuando no los puedo socorrer quedo muy triste”*, dice textualmente. Si hace falta se endeuda y mueve cielo y tierra para poder disponer de los recursos más básicos, y muchas veces da, por los caminos que recorre, su propia ropa. No siempre lo que recibe y la limosna que recoge llega a su Hospital. Son tantas las necesidades que encuentra a su paso, que ya en el camino reparte y socorre a quien puede y lo necesita. Algunos se lo recriminan, pero él lo tiene claro: *“Dar aquí o dar allá, todo es ganancia”*.

Juan de Dios es el puro reflejo del buen samaritano. Por eso, el día de su festividad se lee este relato bíblico. Juan de Dios no da rodeos ni pasa de largo, no se excusa ni deriva, no prioriza sus ocupaciones



y quehaceres. Él se para, se centra en la realidad de las personas que encuentra a su paso, les atiende, se implica y se compromete con ellas, y cuando es necesario las carga a sus espaldas y se las lleva a su casa. Todo está claramente en función de la persona necesitada, lo que tiene y lo que recibe, su tiempo y su dedicación, su interés y su afecto.

Queda ya muy atrás el recuerdo de la locura sin sentido, y cada vez se evidencia más que lo que hace Juan de Dios es una locura de amor. Rompe los parámetros de las mediciones y los cálculos, de las lógicas humanas de la razón y se deja guiar por la fuerza de la fe y del amor. Es desmedido y no calcula ni hace demasiadas previsiones. Su interés no está centrado en sí mismo ni en sus cosas, claramente vive y se desvive por los demás.

En los momentos de mayor apuro, Dios siempre encuentra el modo de hacerse presente para no dejar que nada, hecho en bien y para el bien, se derrumbe. Es en esta etapa cuando tiene lugar el cambio de nombre, de Juan Ciudad a Juan de Dios. No hay lugar a la duda, algo así sólo puede ser obra de Dios.

Este modo de proceder le originó la necesidad de buscar un espacio más grande para continuar su obra. Un lugar donde poder atender a más gente y de mejor manera. Cinco personas se habían juntado a él para llevar su mismo estilo de vida. Serían los primeros Hermanos de Juan de Dios, sus primeros compañeros. Inicialmente Antón Martín y Pedro Velasco, y poco después, Simón de Ávila, Doménico Piola y Juan García. Los cinco, atraídos por su obra, deciden dedicarse en cuerpo y alma, y ya para siempre, a practicar lo que veían hacer a Juan de Dios. Su propuesta



de vida no fue expresada en ningún escrito ni en ningún discurso, ni siquiera mediante una invitación a seguir sus pasos. Era su manera de vivir lo que atraía y despertaba el deseo de vivir y servir, como él hacía.

Es entonces cuando se presenta la oportunidad del traslado a la cuesta de los Gómez. Un edificio amplio, con espacios exteriores, que había sido el convento de una comunidad de monjas franciscanas terciarias. Era la ocasión para poder diseñar una mejor distribución y organización de su “Hospital”, incorporar criterios de salubridad para la atención de los enfermos, diferenciar espacios en función de la gravedad de los casos y las patologías, cosas que hoy nos parecen tan comunes, pero en aquel momento, en el siglo XVI, era novedoso. De ahí que algún biógrafo haya calificado a Juan de Dios como el fundador del hospital moderno. Sea como fuere, lo que sí es evidente es que su voluntad de hacer el bien y de vivir centrado en las necesidades de las personas enfermas le lleva a desarrollar su creatividad de una forma innovadora que supone un paso adelante en la atención de los enfermos. De alguna manera se estaba cumpliendo el deseo premonitorio que tuvo durante su estancia como paciente en el Hospital Real: *“Jesucristo me traiga a tiempo y me de gracia para que yo tenga un hospital donde pueda recoger a los pobres desamparados y faltos de juicio, y servirles como yo deseo”*.

Ciertamente, su deseo se iba cumpliendo. Una de las cosas que siempre ha suscitado admiración es ver cómo ya desde los inicios hay un claro interés en cuidar de la acogida y atención de aquellos que lo necesitaban. Al aumentar el número de personas que se acogían y se vinculaban a su obra, era necesario organizar los trabajos, distribuirlos y tener establecidas las maneras de actuar.



Esto explica los interesantes manuales de atención que se recogen en los primeros escritos y Constituciones de la Orden, donde se describen con minuciosidad todos los detalles que garantizaban la correcta atención de la persona, tanto en los aspectos físicos como en los espirituales. Probablemente de esta sensibilidad y voluntad de “hacer el bien, bien hecho”, surge el valor de la profesionalidad y la responsabilidad, que siempre han acompañado al valor central de la Hospitalidad que identifica a la Orden de San Juan de Dios.

El incesante crecimiento de su obra obligaba lógicamente a buscar más recursos para poder atender a tantas personas. La popularidad y la fama de la buena atención prestada por la casa de Juan de Dios hacían que fueran muchos quienes acudían a pedir o a ser atendidos. Y en la casa de Juan de Dios, como casa de Hospitalidad, no se rechazaba a nadie. Llegó un momento en que, al parecer, a él mismo le entró un cierto vértigo al contemplar la obra que había iniciado.

La responsabilidad era cada vez mayor, también las necesidades y las deudas. Parece ser que, orientado por Juan de Ávila, emprende junto a otro hermano un viaje por tierras de Castilla en busca de personas que le puedan ayudar. El objetivo es llegar hasta Valladolid, donde se encontraba la Corte. Los viajes eran largos en aquella época. Había que disponer de tiempo. Él lo tenía. Afortunadamente el Hospital de Granada estaba ya funcionando y los nuevos compañeros, sus primeros hermanos, garantizaban su funcionamiento. “Juan de Dios hacía camino y escuela”. Por donde pasaba se alojaba en los hospicios, que eran los hospitales de la época, y también allí colaboraba en los quehaceres ayudando en la atención de las personas.



Existen relatos de testigos de la época que cuentan la admiración que suscitaba su manera de proceder y actuar. No dejaba indiferente, era y sigue siendo un referente por su capacidad de servicio, por su universalidad y por su generosidad. Juan de Dios era ya, desde aquel momento, “escuela de Hospitalidad”.

En su viaje aprovecha para visitar al maestro Juan de Ávila, quien le sigue apoyando y ayudando con sus contactos para poder hacer frente a sus necesidades, pero también le sigue acompañando en su proceso espiritual, que es en definitiva la fuente y el origen de toda su obra. Es lo que da el verdadero sentido a su vida, y que Juan vive como cumplimiento de la voluntad de Dios en él. De ahí que la espiritualidad de la Orden esté basada en esa mano de Dios, que se alarga para llegar a los enfermos y necesitados. Ese pasar por el corazón, las necesidades de las personas, ese actuar siempre y de la mejor manera posible en beneficio de quienes más lo necesitan.

Juan de Dios prosigue sus andaduras. Después de las tierras de Castilla, emprende otro viaje, esta vez por Andalucía. El propósito siempre es el mismo, visitar a personas que le puedan ayudar en su misión. Las pocas cartas que se conservan de él son un claro testimonio de cuáles eran sus preocupaciones para poder llegar a tanta gente y cómo nunca dejó de confiar en aquel que sabía que alentaba su obra. Varias veces recoge explícitamente su confianza en Jesucristo, quien lo prevé todo, a pesar de las no pocas situaciones en que se encuentra realmente apurado. Las cartas a Gutiérrez Lasso nos desvelan estos sentimientos, preocupaciones y confianzas.

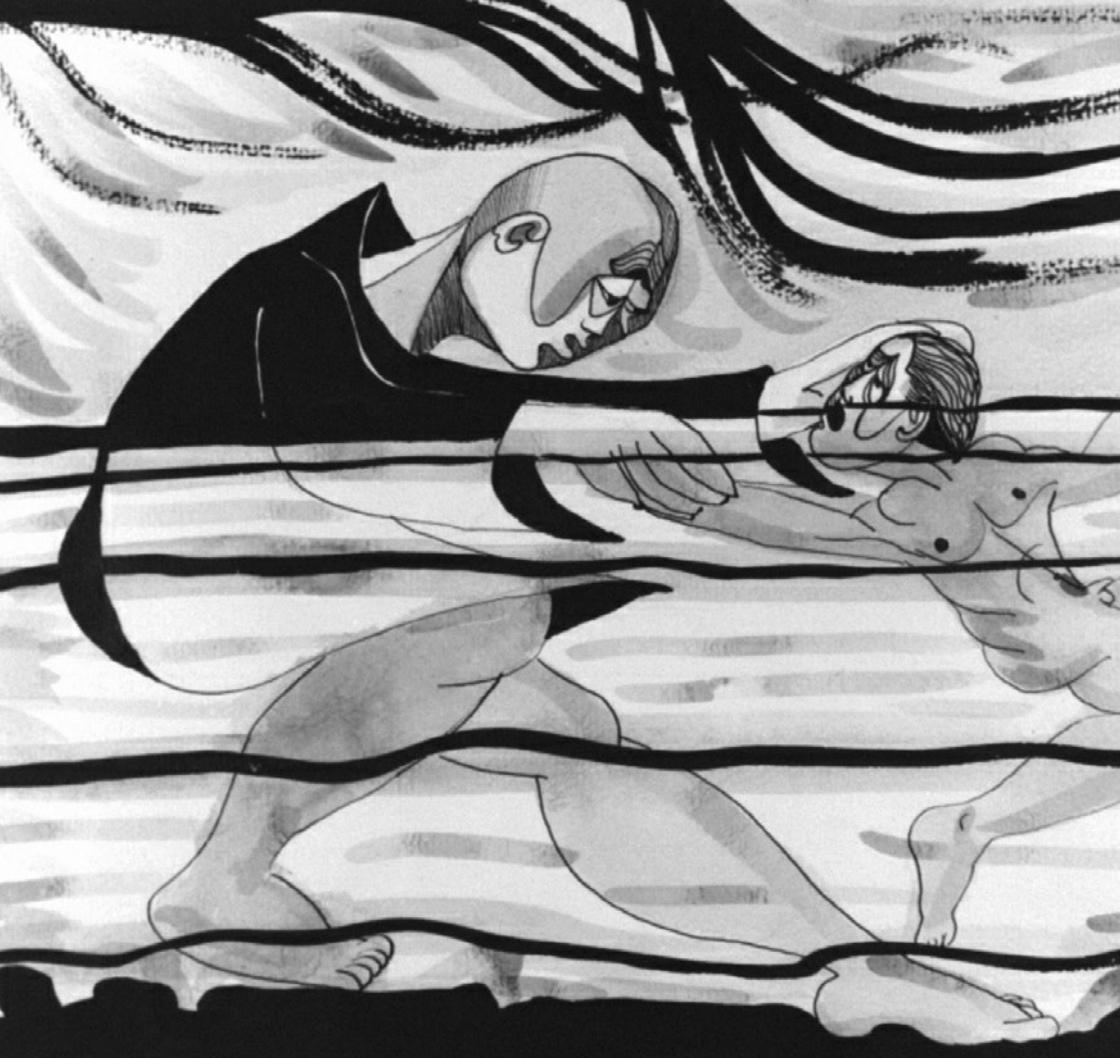


*“Son tantos los pobres que aquí vienen, que yo muchas veces quedo maravillado de cómo se pueden sustentar: pero Jesucristo lo provee todo y les da de comer” (...) “El día que no se encuentra tanta limosna, tómolome fiado y otras veces ayunan” (...) “viéndome tan empeñado, que muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo.”*

Es evidente que no fue nada fácil, como no es fácil nada de lo importante en la vida, pero sin embargo fue algo “grande”, algo que colmó la vida de Juan de Dios y de tantas otras personas que a lo largo de la historia seguimos encontrando nuestro espacio vital en el ejercicio de la Hospitalidad.

La imagen de Juan de Dios en su intervención en el incendio del Hospital Real de Granada quedó grabada en las mentes de los que lo presenciaron. Era julio de 1549. Corrió por la ciudad la noticia de que el hospital estaba en llamas. Juan de Dios lo conocía bien de cuando estuvo allí ingresado y sabía que las muchas personas allí internadas podían correr peligro. Sin pensárselo (nunca perdió tiempo en hacer cálculos), se dirigió al hospital y sacó a cuantos pudo, dejando perplejos a los que le veían entrar y salir, a pesar del peligro del fuego, con enfermos en sus brazos. Fue una acción que quedó acuñada en la tradición y que fue relatada en el proceso de beatificación por muchos testigos. Se conservan imágenes pictóricas que recuerdan este acontecimiento. Juan de Dios, que después sería nombrado patrón de hospitales y enfermos, así como de enfermeros y enfermeras, lo es también de los Cuerpos de Bomberos, a raíz de esta actuación heroica en el incendio del Hospital Real.







## UNA ENFERMEDAD QUE LE LLEVA A LA MUERTE

Juan de Dios enfermó después de meterse en el río Genil, como hemos mencionado, para ayudar a un joven que se había caído. Él quería permanecer en su hospital, junto a los suyos, pero parece que le convencieron para que aceptara el ofrecimiento de la familia Pisa de acogerle en su casa, dado su delicado estado de salud.

Es una manifestación más de la ternura y la admiración que Juan de Dios despertaba en muchas personas de buena voluntad, que le apoyaban en todo aquello que hacía y precisaba. Sin embargo, no todos lo conceptuaban del mismo modo. También hubo quien receló, hasta el punto de acusarle por acoger a personas que algunos consideraban de mala reputación. Cuando le aperciben sobre esta cuestión, Juan de Dios no duda en recordar que el sol sale para todos y que en todo caso el único indigno de estar en la casa era él mismo. Esto enmudecía a quienes alimentaban la cizaña y la calumnia.

En la casa de la familia Pisa pasó Juan de Dios sus últimos días. Allí se puede visitar la habita-





ción donde murió, representado de rodillas y con un crucifijo en la mano, en actitud de oración.

Tocaron las campanas. La noticia de la muerte de Juan de Dios se propagó rápidamente por Granada. La ciudad que él había recorrido tantas y tantas veces, la que le había visto andar de un lado a otro, primero desorientado y después cargando con enfermos a sus espaldas, atendiendo y haciendo el bien a cuantos encontraba y le salían al paso, estaba ahora conmovida. A medida que la noticia se difundía por las calles de la ciudad, la gente salía de sus casas para darle el último adiós. Juan de Dios era el hombre de todos, el hombre de la calle, del que ya casi nadie dudaba de que su obra era cosa de Dios.

Esta es la herencia de Juan de Dios. Él seguía en la imagen de sus primeros compañeros, como sigue en la nuestra, y en la de quienes colaboraban y le ayudaban en su obra y en la de tantas personas que en muchos lugares continúan vinculados a su Hospitalidad. Estaba muy presente en la memoria de los ciudadanos de Granada, que recogieron relatos de su vida y testificaron en el proceso de su beatificación. Su presencia está viva en la mente y el corazón de personas de todo el mundo donde llega la Hospitalidad de Juan de Dios. Un recuerdo que no se quedó sólo en memoria, sino que se visibilizó en tantas y tantas personas que a lo largo de los siglos siguen transmitiendo con su vida el espíritu y las actitudes de Juan de Dios. Una vida que se prolonga.



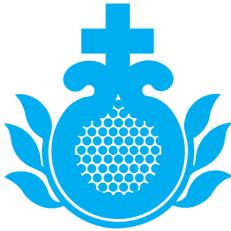


## DATOS BIOGRÁFICOS

- 
- AÑO 1495** Nace en Montemor-O-Novo (Portugal)
- 
- AÑO 1503** Llega a la ciudad de Oropesa (Toledo), donde trabaja como pastor.
- 
- AÑO 1523** Deja su oficio por algún tiempo y se enrola en el ejército de Carlos V en Fuenterrabía.
- 
- AÑO 1532** Se encuentra de nuevo como soldado en Viena.
- 
- AÑO 1535** Vuelve a España, en Ceuta trabaja como albañil en las murallas de la ciudad. Luego pasa a Gibraltar y ejerce el oficio de librero ambulante.
- 
- AÑO 1538** Llega a la ciudad de Granada e instala en la Puerta Elvira su puesto de libros.
- 
- AÑO 1539** (20 de enero) Conversión en Granada, tras asistir a un sermón de Juan de Ávila en la Ermita de los Mártires en Granada.
- 
- AÑO 1539** Sale del Hospital Real de Granada donde había estado ingresado como loco.
- 
- AÑO 1539** Funda su primer hospital en la calle Lucena de Granada.
- 
- AÑO 1543** Traslado de los enfermos al nuevo hospital en la cuesta de los Gómez, cerca de la Alhambra.
-



- 
- AÑO 1546** Recibe a sus dos primeros compañeros, Antón Martín y Pedro Velasco.
- 
- AÑO 1548** Visita la Corte en Valladolid y se entrevista con el futuro rey Felipe II para recoger limosnas.
- 
- AÑO 1549** (3 de julio) Salva de las llamas a los enfermos del incendio del Hospital Real de Granada.
- 
- AÑO 1550** Muere en casa de los García de Pisa en Granada, el 8 de marzo.
- 
- AÑO 1630** Beatificado el 21 de septiembre por el Papa Urbano VIII.
- 
- AÑO 1690** Canonizado el 16 de octubre por el Papa Alejandro VIII.
- 
- AÑO 1886** Patrón de hospitales y enfermos, por el Papa León XIII el 27 de mayo.
- 
- AÑO 1930** Patrón de enfermeros y sus asociaciones, por el Papa Pío IX el 28 de agosto.
- 
- AÑO 1940** Copatrón de Granada, por el Papa Pío XII.
- 
- AÑO 1953** Patrón de los bomberos españoles.
-



# 2

## NOTAS PARA CONOCER LA HISTORIA DE LA ORDEN HOSPITALARIA





## UNA FRATERNIDAD SIN REGLA ESCRITA

A la muerte de San Juan de Dios, el grupo de personas que trabajaba con él no tenía más vínculo jurídico que el de una *fraternidad espontánea*. Como sintetiza el Hermano Valentín Riesco, “*San Juan de Dios no escribió constituciones. Su vida de entrega a los enfermos y necesitados por amor de Dios fue la regla viviente que atrajo, organizó e impulsó la vida de los primeros Hermanos. Juan de Dios contagió de tal modo a los primeros compañeros con la fuerza de la caridad que lo impulsaba, que no necesitaron más norma que la de la misma caridad para vivir en común*”.

Antón Martín y otros seguidores formaron la primera fraternidad y continuaron la labor asistencial animados por el recuerdo de Juan de Dios y la norma evangélica.

Cuando el 14 de agosto de 1553 trasladaron a los enfermos que ocupaban el pequeño hospital de la cuesta de los Gómez a uno mucho más amplio y acondicionado, levantado en huerta próxima al Monasterio de los Jerónimos, ya Antón Martín había iniciado una primera expansión al aceptar la fundación en Madrid del Hospital de Nuestra Señora del Amor de Dios.

El dinamismo de estos primeros años fue extraordinario; se admiten nuevos compañeros (entre otros, Rodrigo de Sigüenza, Juan



Marín de Dios, Baltasar Herrera, Sebastián Arias, Melchor de los Reyes, Frutos de San Pedro o Pedro Soriano), se continúa la labor de atención y cuidado y se va configurando un modo *singular* de atención que no cuenta aún con normativa jurídica específica.

La participación de los Hermanos en la Guerra de las Alpujarras (1568-1571) y en la batalla de Lepanto (1571) como enfermeros, atendiendo tanto a cristianos como moriscos y otomanos, abrió nuevos horizontes y dio mayor amplitud al carisma; además del trabajo en el hospital, la misión se extiende a los ejércitos de tierra y las expediciones navales y los Hermanos se hacen presentes en lugares que sufren epidemias u otras necesidades sanitarias.

Además, en la década de los 70 del siglo XVI la incipiente fraternidad de seguidores de Juan de Dios se verá reforzada –en lo que es también un elocuente reconocimiento de su prestigio– por la incorporación de seguidores de Pedro Pecedor (que tenía hospitales activos en Sevilla, Málaga, Antequera y Ronda) y San Juan Grande (con hospitales en Jerez de la Frontera, Medina Sidonia, Sanlúcar de Barrameda, Arcos de la Frontera, el Puerto de Santa María y Villamartín).





## RECONOCIMIENTO CANÓNICO

Animado probablemente por una Bula del Papa Pío V que trataba de regularizar la vida de distintos grupos que vivían en comunidad, pero sin profesar los votos clásicos de la vida religiosa ni acogerse a una Regla reconocida, el Hermano Rodrigo de Sigüenza, Hermano Mayor del Hospital de Granada, envía a Roma a Sebastián Arias y Pedro Soriano para iniciar el proceso de reconocimiento como Congregación Religiosa. La aprobación llegará de manos del propio Pío V el 1 de enero de 1572.

Obtenida la aprobación, el Hno. Pedro Soriano se quedó en Italia y fundó, a finales del mismo año 1572, el Hospital de Ntra. Sra. de la Victoria en Nápoles; en 1581, el Hospital San Juan Calibita en la Isla Tiberina de Roma, donde se ubicaría la Curia General y donde, del 20 al 24 de junio de 1587 se celebró el primer Capítulo –una vez que el Papa Sixto V había aprobado el instituto de Juan de Dios como Orden regular– que habría de elegir al Hno. Pedro Soriano Superior General de la Orden Hospitalaria. Allí se aprobaron también las primeras Constituciones para una Orden Hospitalaria que se extendía con rapidez con hospitales por Andalucía, Castilla, Italia, Portugal y América. En 1584 se fundaría también en Perugia.

Todo apunta que las presiones del monarca Felipe II, urgido a su vez por los obispos de varias diócesis y por los monjes jerónimos, fueron decisivas para que el Papa Clemente VIII, recién elegido, promulgue un Breve (1592) que limita sustancialmente el estatus anterior, devolviendo a los *Hermanos de Juan* a la obediencia de los obispos.



## UNA ORDEN, DOS CONGREGACIONES

En la primera década del siglo XVII la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios se dividió en dos Congregaciones, española e italiana, lo cual significó que cada Congregación tenían sus Constituciones (aunque muy semejantes) y Superior General propios.

En los inicios del siglo XVII la Orden Hospitalaria en la Congregación Española contaba con una veintena de hospitales en la Península Ibérica, comenzaba a desarrollarse en América, tras las dos primeras fundaciones en Cartagena de Indias (1595) y La Habana (1603) y se extendía incluso hasta Filipinas, donde llegan los Hermanos en 1611. El 7 de julio de este mismo año el Papa Paulo V elevaba a la Congregación de España a la condición de Orden Regular, permitiéndole celebrar Capítulo General, elegir General y redactar Constituciones para España.

A finales de siglo la Congregación española contaba con 117 hospitales, 1.100 hermanos y atendía a más de 40.000 enfermos al año.

Del crecimiento y esplendor en el tercio central del siglo XVIII a la extinción en España de 1850.

El 9 de febrero de 1738 fue elegido General de la Congregación Española Fr. Alonso de Jesús y Ortega, *El Magno*. Con él, la rama Española de la Orden alcanzará su máximo esplendor. De la magnitud de la obra de los Hospitalarios en estos años da idea el hecho de que entre enero de 1735 y diciembre de 1757 se trataron un total



de 726.637 enfermos en los hospitales. En el último tercio del siglo se experimenta un declive progresivo –con la Revolución Francesa y sus consecuencias como telón de fondo– que llevará a la extinción formal en España con la muerte del General Fr. José Bueno Villagrán.

## **BENITO MENNI Y LA RESTAURACIÓN EN ESPAÑA**

También la Congregación italiana vivió en el siglo XVIII una gran expansión; llegando a Francia en 1602, donde se erigiría Provincia a partir de 1639 o extendiéndose por el Imperio Austrohúngaro y Polonia. Aunque sufrió los profundos cambios sociales y políticos de la Europa del siglo XIX, consiguió mantener la actividad asistencial y adaptarse a nuevos retos. Merece ser destacado el esfuerzo llevado a cabo por el Hno. General Juan María Alfieri para revitalizar la vida religiosa e impulsar nuevas fundaciones. Él fue quien envió a España en 1867 al Hermano Benito Menni para restaurar la Orden en España. La labor de Menni fue ingente y fructífera: creó la Provincia Hispano-Luso-Americana, que en 1934 se dividió en tres Provincias: Bética, Castellana y Aragonesa, consiguió poner en marcha numerosos dispositivos de atención y fundó la Congregación de Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón de Jesús.

En 1890 se promulgarán de nuevo unas Constituciones para toda la Orden Hospitalaria en el mundo, superando la separación en Congregaciones distintas.

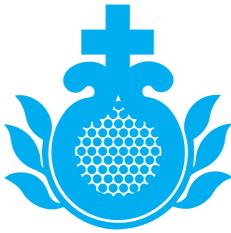


## LEER LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

El Concilio Vaticano II (1959-1965) sumerge a la Iglesia Católica en una profunda reflexión sobre su misión en el mundo y sobre el papel de los fieles en la vida de la Iglesia. Entre los frutos del Concilio estará una invitación a la renovación de la vida religiosa que lleva a la Orden Hospitalaria a un período de gran dinamismo, volviendo a los orígenes para cimentar una reflexión profunda que reconfigure sus estructuras y dé impulso a su misión. Fue decisivo el papel del Hermano General Pierluigi Marchesi, que entre 1976 y 1988 propició la reflexión sobre los valores carismáticos, diseñó la *alianza* con los colaboradores, invitó al desarrollo de la *humanización* en los Centros y lideró la revisión de Constituciones y Estatutos Generales. Los cambios en la gestión y funcionamiento de los Centros de la Orden son muy notables, creciendo el papel de los colaboradores laicos y desarrollando el voluntariado.

Si en 1934 cuestiones de eficacia organizativa y desarrollo de la misión habían llevado a la creación de tres Provincias en España con gobiernos autónomos, un Capítulo Interprovincial celebrado en El Escorial en 2018 aprobó la constitución de una única Provincia, con entrada en vigor en 2021.

Actualmente la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios está presente en más de 50 países del mundo, cuenta con más de 400 centros y servicios y supera los 1.000 hermanos. Cuenta con más de 55.000 profesionales y cerca de 30.000 voluntarios. Su misión es diversa, adecuándose a las necesidades de países y regiones, pero volcándose siempre en la atención a los más vulnerables.



# 3

## PRINCIPIOS Y VALORES QUE CARACTERIZAN A NUESTRA INSTITUCIÓN



## PRINCIPIOS Y VALORES QUE CARACTERIZAN A NUESTRA INSTITUCIÓN

Los Centros de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios se fundamentan en los Principios y en los Valores que caracterizan a nuestra institución. Son las coordenadas que orientan para ser fieles al ideal de la Hospitalidad que nos propone nuestro Fundador San Juan de Dios y la tradición de los Hermanos de San Juan de Dios renovada a lo largo de las diferentes épocas y que proyectamos a futuro.

## PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS

Los principios son las ideas o normas fundamentales que rigen el pensamiento o la conducta de personas y de instituciones para ser fieles a su propia identidad. La Orden ha expresado un elenco de principios institucionales basados en sus opciones esenciales y en su modo de pensar. Estos principios se manifiestan y se hacen realidad en nuestra cultura, en nuestra forma de ser, pensar y conducirnos.

La Orden Hospitalaria los expresa en sus Estatutos Generales y son los siguientes:

1. Afirmamos que el *centro de interés* es la *persona asistida*.
2. Promovemos y defendemos los *derechos del enfermo* y necesitado, teniendo en cuenta su *dignidad*.



3. Impulsamos la *asistencia integral*, basada en el trabajo en equipo y el equilibrio entre técnica y humanización.
4. Guardamos y promovemos los *principios éticos de la Iglesia católica*.
5. Nos comprometemos en la *defensa y promoción de la vida humana*: desde su concepción a la muerte.
6. Defendemos el *derecho a morir con dignidad* y a que se respeten y atiendan los justos deseos de quienes están en trance de muerte.
7. Reconocemos el derecho de las personas asistidas a *ser convenientemente informadas* de su situación.
8. Observamos las exigencias del *secreto profesional* y tratamos de que sean respetadas.
9. Consideramos elemento esencial en la asistencia la *dimensión espiritual y religiosa* como oferta de curación y salvación, respetando otros credos y planteamientos de vida.
10. *Cuidamos* la selección, formación y acompañamiento de los *Colaboradores*, teniendo en cuenta: su preparación, competencia profesional y sensibilización ante los valores y derechos de las personas.
11. *Valoramos* a los *Colaboradores*, haciéndoles partícipes de la misión de la Orden, en función de sus capacidades y áreas de responsabilidad.
12. Respetamos la libertad de conciencia y exigimos respeto a la *identidad de los Centros*.
13. Somos una Institución sin ánimo de lucro. Y por tanto nos *oponemos al afán de lucro*; observando y exigiendo que se respeten las normas económicas y retributivas justas.



## **VALORES DE LA ORDEN HOSPITALARIA DE SAN JUAN DE DIOS**

Los valores son cualidades que poseen algunas realidades, consideradas bienes, por lo cual son estimables. Son percibidos a través de los sentimientos que nos evocan, más que desde el razonamiento y nos predisponen a nuestro modo de ser, de sentir y de actuar.

Los valores se transmiten desde el ejemplo y son observables en las actitudes y conductas de las personas comprometidas con la asistencia a los necesitados y a los enfermos.

Nuestros valores institucionales emanan de nuestros Principios Fundamentales y constituyen nuestras convicciones básicas compartidas y nuestro elemento diferenciador: el valor añadido que aportamos como Institución.

Aspiran a ser palancas que mueven el modo de ejercer la profesión de nuestros Colaboradores impregnando nuestro quehacer diario y deben de traducirse en nuestras políticas de Dirección.

Flotan en nuestro ambiente hospitalario y dan sentido a nuestra cultura institucional. Los comunicamos y transmitimos de una generación a otra: lo venimos haciendo desde 1538 hasta el día de hoy ininterrumpidamente.

El Consejo General en el año 2010, define cinco valores: Hospitalidad, Respeto, Responsabilidad, Calidad y Espiritualidad que nos ofrece en la “Carta de valores de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios”.



## **HOSPITALIDAD:**

Es el valor central de la Orden de San Juan de Dios. Hablamos de la hospitalidad como aquello que más nos identifica en el ejercicio de nuestra misión.

El valor de la hospitalidad la podemos definir genéricamente como la capacidad de acoger, acompañar, cuidar y promover a la persona en función de sus necesidades y manteniéndola siempre en el centro de nuestro interés. Su icono evangélico es el del buen samaritano.

Es muy importante el cómo realizar la hospitalidad. En la Orden la hospitalidad se expresa a través de los siguientes valores que se interrelacionan y la definen:

**1. Calidad**, que entendemos como la base esencial de nuestro servicio y de nuestra gestión, lo que se traduce en la búsqueda de:

- la excelencia, la profesionalidad, la atención integral u holística,
- la conciencia, el descubrimiento y respuesta a las nuevas necesidades,
- un modelo de atención peculiar, el modelo de atención juandediano,
- una vinculación especial entre Hermanos y Colaboradores,
- unos Centros con arquitectura y decorados acogedores,
- y una disposición singular para colaborar con terceros.



**2. Respeto**, por todas las personas que acuden a nuestros Centros, lo que se realiza a través de:

- la promoción de la justicia social, derechos civiles y humanos,
- la humanización siempre viva,
- un sentido de responsabilidad recíproca entre Hermanos y Colaboradores,
- la compasión, la visión holística, en la implicación de la familia.

**3. Responsabilidad**, como criterio fundamental para nuestro servicio y gestión que se muestra en:

- la fidelidad con los ideales de San Juan de Dios y de la Orden,
- la ética (bioética, ética social, ética de la gestión...),
- la protección del medio ambiente y en los comportamientos sociales,
- la sostenibilidad, la justicia y en la justa distribución de los recursos.

**4. Espiritualidad**, para guiar a la persona en la búsqueda de sentido, la religión, la transcendencia. Esto se traduce en:

- unos Centros que evangelizan, cuidan y potencian la pastoral de la salud,
- ofrecen una atención espiritual y religiosa a todos los asistidos,
- están abiertos al ecumenismo,
- y se muestran activos en la colaboración con la parroquia, la diócesis y otras confesiones religiosas.

